

El amor en tiempos de apertura sexual

MARCOS KOREMBLIT*

Posición del analista frente al amor
y a los cambios sociales ligados a la sexualidad

Celebro la convocatoria hecha por la Sociedad de Guadalajara, y a sus organizadores que hayan tenido la iniciativa —y la valentía también— de elegir para este encuentro un tema algo tan complejo, pero a su vez tan actual y vigente en nuestras prácticas y en la sociedad en su conjunto.

Estos temas nos interpelan en varios sentidos y nos obligan a pensar entrecruzamientos posibles entre el psicoanálisis y otros campos teóricos, lo que implica siempre un esfuerzo adicional, pero ampliamente compensado por el fértil enriquecimiento, producto de estos intercambios.

En lo personal, cuando nos preocupamos por el futuro de nuestra disciplina, pienso que debemos tomar en cuenta precisamente que este tipo de intercambio es una apertura hacia el mundo que nos fortalece, nos obliga a pensar nuevos posicionamientos y nuevas formas de acercamiento a la comprensión de la clínica consecuente. Esto implica, a mi entender, abrirnos siempre a otras posibles maneras de escuchar fenómenos clínicos, culturales o sociales, para después revisarlos desde nuestro propio aparato teórico, reevaluando, además, si contamos con las herramientas conceptuales para su comprensión y su abordaje. Esta es mi intención en este intercambio con ustedes.

Para empezar, intentaré ordenar algunas cuestiones que nos pueden ayudar a la discusión y al intercambio:

1. Empecemos hablando acerca del “amor”. ¿De qué amor hablamos los psicoanalistas? ¿Es posible una discriminación conceptual que defina al amor en toda su dimensión?, o, ¿hay un resto que se nos escapa siempre y es precisamente eso lo que lo torna inaprehensible?
2. “En tiempos de...”. ¿Cómo influyen en nuestra práctica los cambios epocales? El psicoanálisis... ¿debe estar siempre a la altura de la subjetividad de su época?

*Marcos Korembliit
Psicoanalista en función
didáctica de APdeBA
Asociación Psicoanalítica
de Buenos Aires
Especialista en
adolescencia

marcoskorembliit@hotmail.com

3. “Apertura sexual”. ¿De qué apertura estamos hablando? ¿Las prácticas sexuales actuales, las nuevas formas de configuración vincular y sexual, o la apertura de nuestras mentes siempre e inevitablemente plagadas de prejuicios? ¿Es esto exclusivo de la sexualidad?, o, ¿siempre estamos necesitando reevaluar cómo posicionarnos frente a nuevas formas de presentaciones sociales que contienen, pero también exceden a la sexualidad?

Entonces propongo hablar de “Posición del analista frente al amor y a nuevas formas de presentaciones sociales ligadas a la sexualidad”.

1) Sobre el amor

*Para sembrarte de guitarra,
para cuidarte en cada flor,
y odiar a los que te castigan, mi amor,
yo quiero vivir en vos...
Serenata para la tierra de uno,*

MARÍA ELENA WALSH

Volviendo al tema que nos convoca: el amor puede ser enfocado desde tantos campos teóricos, que podríamos decir que es un tema omnipresente en nuestra historia y nuestra cultura desde que el mundo existe. No hay relatos en las novelas y en toda nuestra historia cultural que no tenga al amor como protagonista. Y, si no el amor, al menos la falta de él, que es otra manera de hablar de lo mismo.

Si tal como propone Julia Kristeva: “Ser psicoanalista supone saber que todas las historias acaban hablando de amor (...). En cada relato privado, íntimo, inconfesable, buscamos descifrar los meandros de ese mal que tiene una relación tan extraña con las palabras. Idealización, estremecimiento, exaltación, pasión (...)”, tratemos de ver cómo podemos acercarlo a nuestro campo y problematizarlo.

Desde la tradición filosófica, el amor en su versión romántica ha tenido una definición encapsulada bajo ciertos parámetros, asociados a la procreación y a la

constitución normativa de familia, con una fuerte influencia del poder de la Iglesia, que lo construyó sobre una base cosmológica. “La filosofía ha hecho una apología del amor a menudo cercana al impulso religioso” (Badiou, A.). Aquello asociado al placer a pesar de expresiones episódicas, siempre fue vivido de manera pecaminosa y sólo a escondidas desde las tinieblas, ocultable y demoníaco.

Podemos decir que es a finales del siglo XIX, y definitivamente en el siglo XX, cuando el mundo occidental ha hecho un viraje que cambiaría la manera de aproximarse al tema para siempre. Así han permitido integrar otros componentes más allá de lo normativo, en tanto la sexualidad, el deseo y el placer han ido ganando protagonismo en esta escena. Para esto seguramente ha influido, entre otros, la difusión del psicoanálisis como un cuerpo teórico y una práctica definitivamente instalada en la cultura.

Junto a esto ha habido cambios indiscutibles ligados al lugar de la mujer en la sociedad (clásicamente ubicada en el lugar secundario y devaluado). El surgimiento y difusión de los anticonceptivos a mediados del siglo XX implicó la disociación entre sexualidad y reproducción. Esto se acentuó aún más con la introducción de nuevas técnicas reproductivas, dejando de ser la maternidad el único destino posible para la mujer.

Y en las últimas décadas, los movimientos de liberación LGBT han contribuido de manera importantísima a la discusión, convirtiéndose en interlocutores insoslayables en esta temática.

Desde otra perspectiva, la noción de perversión misma ya hace tiempo está puesta en cuestión en su perspectiva clínica. La dimensión del placer y del deseo se han impuesto hasta llegar a límites insospechados, en los que la llamada “intimidad como espectáculo” nos obligan a asistir a un tiempo en que es difícil delimitar de manera precisa lo público de lo privado (Sibilia, P.), tan alejado del lugar que la mujer tenía en los textos de Virginia Wolff

(*La señora Dalloway* en 1928), (*Un cuarto propio* en 1929), o de Simone de Beauvoir (*El segundo sexo*, allá por 1949), textos pioneros del movimiento feminista que en su momento contribuyeron a cambiar el lugar de la mujer para siempre.

Retomando entonces el punto en cuestión, una aproximación conceptual para pensarlo: el *enamoramiento* es siempre ilusorio y asociado a las pasiones. El *amor*, en cambio, resulta producto de un trabajo psíquico, un estado mental no fácil de alcanzar, difícil de mantener, y producto de un logro depresivo bien instalado.

El amor no es algo posible de aprehender. Al contrario, si pretendemos hacerlo corremos el riesgo de encontrarnos con frases solemnes, hasta un poco vacías de contenido frente a la imposibilidad de la palabra de cubrirla en su totalidad. Por eso, y equivalente al orgasmo: resulta imposible de definir, infinito de sentir.

Los psicoanalistas encontramos, sin embargo, un camino que, si bien no lo recubre, nos permite sondearlo parcialmente a través de los estudios freudianos ligados al narcisismo y sus vicisitudes, artículo *princeps* del creador del Psicoanálisis y de la Metapsicología del 15. Lacan será quien, junto con el odio, los incluirá como uno de los tres registros, la tópica de lo imaginario, ya en sus primeros artículos fundamentales (*El estadio del espejo* y *La agresividad en Psicoanálisis*).

En sus artículos de la metapsicología, Freud, partiendo del modelo de la ameba y sus pseudópodos, hará un aporte importantísimo en su obra a partir de describir las modalidades de elección objetual según predomine un componente narcisista o anaclítico. Además, plantea el amor como aquello que permite al sujeto una entrega absoluta al objeto, y siempre ligado a la autoestima. Ésta estará incrementada cuando el sujeto se siente narcisísticamente correspondido, y decrecerá cuando así no ocurre. Freud describe en este artículo, entre otros, formas posibles de amar, diferenciando al amor femenino como aquel en el que “se es amado”, idea siempre po-

lémica si no la pensamos en términos de “modelos” o de posiciones identificatorias.

Además, “la anatomía es el destino” nos enseñó el maestro vienés. Actualmente, parte de nuestro desafío consiste precisamente en diferenciar sexo de género con toda la complejidad implícita, pero como un deber ético frente a las consultas que hoy recibimos.

Pequeña anécdota: mientras escribo estas ideas, mi hija de 18 años egresa de un Colegio Secundario clásico de la ciudad de Buenos Aires: en el acto de entrega de diplomas se hace mención y sube al estrado a hablar la primera alumna “trans” egresada de este colegio. En sus palabras agradeció profundamente el no haberse sentido discriminada y haber sido acompañada y apoyada en el tránsito de cambio de sexo. Yo sabía del tema de oídas por mi hija y sus compañeras, no lo conocía en profundidad. Para ellas no había sido un tema conflictivo ni mucho menos. Era un/a compañero/a más.

Entonces: ¿cómo pensamos estos fenómenos los de nuestra generación? Porque todo parece indicar que a los más jóvenes no les resulta algo del mismo nivel de preocupación. Más aún: a diario escuchamos historias en nuestros consultorios de chicos y chicas cuyo debut sexual es con alguien del mismo sexo con el fin de “experimentar”, y este hecho no parece cuestionarlos en su posición sexual.

Sexualidad y Género

Desde la perspectiva de “género”, estos lugares identitarios parecen haberse multiplicado *ad infinitum*: bisexuales, transexuales, travestis, intersexuales, incluso “asexuales”. Para este heterogéneo conjunto se ha propuesto un nuevo concepto, el de transgénero, que incluye entonces: transexuales masculinos y femeninos, travestis, *cross-dressers*, *she-males*, *drag-artists*, *butch-dykes*, entre otros, que transgreden las normas sociales y las expectativas de sexo y género (Diamond, M.).

Tratándose de la identidad que cada uno asume, y esto vale también para la identidad sexual, podría haber potencialmente tantas categorías genéricas como sujetos pueblan el mundo. Pareciera haber tantos géneros como gustos posibles que se presentan, así como una oferta ilimitada. ¿Podemos pensarlo tal vez como una multi-oferta en la cual la castración no parece operar en tanto todo es posible?

Por lo tanto: ¿cuál es el lugar del psicoanálisis para esta problemática? ¿El problema del género es un problema del orden de la Identidad? Para el modelo freudiano, el problema radica (solo) en la diferencia, en el plano sexual, en la falta como el significante de la diferencia, y no en el plano de uno consigo mismo.

En lo que hace a las luchas reivindicativas de distintos sectores por obtener el reconocimiento de sus derechos y libertades, en tanto los seres humanos luchan por ser aceptados en aquello que cada uno asume como propio, como siendo sí mismo, no pueden sino encontrar aprobación desde el psicoanálisis; nuestra disciplina sin duda ha contribuido a crear condiciones y recursos conceptuales para que estas luchas tengan lugar.

Asimismo, el psicoanálisis no puede encarar ninguna problemática sin partir del reconocimiento de la singularidad subjetiva, aquello que cada uno asume como siendo él mismo.

En cuanto a las problemáticas de Identidades de género, tal vez no sea un tema distinto al de la identidad en general. Partir del reconocimiento de la identidad asumida, cualquiera que sea ésta, no implica darle realidad y consistencia sino, al contrario, ponerla en cuestión, vale decir, interrogarla. Porque “para el psicoanálisis la identidad es un recurso yoico frágil y endeble, siempre cambiante y oscilante. Lo mismo vale para la identidad de género, habrá que interrogarla, ponerla en cuestión como cualquier otra” (Leivi, M.). La identidad entonces es algo del problema yoico que puede entrar en problemática con el deseo y aquello que hace a la espe-

cificidad del abordaje psicoanalítico de la subjetividad es precisamente en el plano del deseo. El psicoanálisis aborda al sujeto humano en su condición de deseante —y no de militante—.

Y su deseo está marcado por el atravesamiento de la estructura edípica y la salida de ella como sujeto sexuado, deseante de la diferencia sexual que motorice el deseo. El deseo circula con base en una falta, un sujeto castrado que lo mueve, lo hace circular en la dimensión de alteridad. La castración que marca una falta y que permite ir a buscarla en el otro.

¿Y el amor? “De la conjunción del deseo con su objeto en tanto que inadecuado, debe surgir aquella significación que se llama amor” (Lacan citado por Leivi, M.).

En una perspectiva que destaca Badiou, Jacques Lacan nos recuerda que, en la sexualidad, en realidad, cada uno “está en la suya”. Existe la mediación del cuerpo del otro, pero, a fin de cuentas, el goce es siempre su goce. Lo sexual no junta, separa... Por lo tanto, no hay relación sexual, concluye Lacan. Y si no hay relación sexual, “el amor es aquello que suple la falta de relación sexual, el amor está en el lugar de esta no-relación sexual” (Badiou, A.). El amor así entendido es aquello que viene a suplir o a intentar completar aquella falla estructural, propio del deseo humano en el que la sexualidad es siempre autista.

Esta lógica binaria (presencia-ausencia, fálico-castrado, masculino-femenino) es cuestionada por autores (Glocer Fiorini, entre otros) que proponen otras lógicas, modelos triádicos o de mayores niveles de complejidad para categorizar la diferencia, la subjetividad sexuada sin “simplificaciones dualistas” para ellos. Proponen reemplazar la noción de *función paterna* por la de *función tercera* para evitar las connotaciones patriarcales implícitas, ampliando a la vez el campo de las funciones maternas.

Remarquemos que mientras algunas perspectivas apuntan a la elección de objeto sexual y al campo del deseo, otras apuntan a la identidad sexual o de género. Esta distinción alude a que “el enuncia-

do ‘soy hombre o soy mujer’ es diferente a ‘deseo a un hombre o a una mujer’, u otras variantes relativas a las diversidades sexuales y de género, aunque ambos enunciados puedan coexistir en un mismo sujeto” (Glocher Fiorini, L.).

Entonces... ¿las parejas homosexuales, el travestismo, las nuevas formas de familia cuestionan el concepto de diferencia sexual? ¿Es la diferencia sexual una noción dependiente de cambios históricos o sociales? O, en el otro polo, ¿se trataría de un axioma inmutable de la teoría? “El análisis del concepto de diferencia sexual tiene fuertes implicancias en la práctica clínica. Están en juego normas, discursos e ideales culturales con respecto a la conceptualización de las llamadas diversidades sexuales y de género, a las características de la feminidad y la masculinidad, y a las funciones simbólicas necesarias para una inserción en un universo de lazos sociales” (Glocher Fiorini, L.).

Se trata de categorías problemáticas porque sus fundamentos se proponen como inamovibles. En este marco, cobra especial relevancia la posición del analista, sus teorías —implícitas y explícitas—, su ideología, su sistema de creencias y sus prejuicios, así como la necesidad de un abordaje que amplíe el campo de la escucha.

¿Y el amor? ¿Dónde queda en todo esto? ¿Dentro de tanto cambio se habrá perdido en el camino?, ¿o nosotros estaremos evaluando estos fenómenos con una lupa que ya ha caído en desuso y nuestra dificultad es con qué categorías manejarlos para evaluar estos fenómenos?

Para Badiou, la “duración” es un dato no menor a la hora de entender el tema del amor (en consonancia con la diferenciación entre el “*enamoramiento*” ilusorio y fugaz, y el “*amor*” producto de un trabajo psíquico). “El amor empieza cuando el enamoramiento decae”, dice este autor (Badiou, A.).

El amor estará entonces asociado, así, a la condición temporal y haciendo eje en el cuidado hacia la condición sub-

jetiva del otro, en la posibilidad de amarlo en la cotidianeidad. Por eso el poema con el que introduce este apartado, “Serenata para la tierra de uno”, en el que nuestra amada María E. Walsh, con su enorme sensibilidad destaca “sembrarte de guitarras” y “cuidarte en cada flor”, es decir, el cuidado y la fecundidad como condiciones indispensables hacia aquello que se ama y no se quiere abandonar.

Esta manera de plantearlo parece no menor en este momento histórico signado por lo cibernético, en el que la rapidez y la fugacidad —al igual que las relaciones— se basan en el “consumir más que en el consumir” vínculos, en tanto el factor cuantitativo ha pasado a tomar el centro de la escena, y el interés por el otro en su condición subjetiva resulta tan devaluado, mientras cada uno parece buscar sólo su “zona de confort” (Zygmunt Bauman) y no un verdadero intercambio.

¿Cómo entendemos hoy los fenómenos ligados a las redes sociales y al tipo de “encuentro” que los jóvenes —y no tan jóvenes— ya han instalado en nuestra cultura? ¿Cómo entender estas nuevas formas de organización —o desorganización— de la sexualidad, que parecieran circular con base en nuevos y distintos parámetros día a día? El amor, pensado en términos de “encuentro” amoroso, ¿habrá desaparecido en el ciberespacio?, ¿o nos plantean el desafío de descubrir nuevas modalidades de expresión y no contamos muchas veces con la capacidad de observación necesaria para detectarlo? ¿Se trata de una nueva forma de intercambio, rápido y fugaz, o es la nueva forma de expresión que adquieren actualmente, los mismos intercambios, idealizados a la distancia, de lo que ayer fueron las cartas de amor de nuestros abuelos?

¿Y el amor en psicoanálisis? ¿Cómo lo pensamos? La asociación entre amor y transferencia no es meramente coyuntural, ni mucho menos un simple avatar resistencial; por ese motivo, Lacan comienza su octavo seminario, que está dedicado a la Transferencia —tal es su título—, ocu-

pándose del amor; ese es su enfoque, con el que dará un giro a la concepción misma de la transferencia .

El amor en tiempos del... cólera

De jóvenes, Florentino Ariza y Fermina Daza se enamoran apasionadamente, pero Fermina eventualmente decide casarse con un médico rico y de muy buena familia. Florentino está anonadado, pero es un romántico. Su carrera en los negocios florece, y aunque sostiene 622 pequeños romances, su corazón todavía pertenece a Fermina. Cuando al fin el esposo de ella muere, Florentino acude al funeral con toda intención. A los cincuenta años, nueve meses y cuatro días de haberle profesado amor a Fermina, lo hará una vez más (a pesar del cólera imperante, agregaría).

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Esto me lleva al segundo de los ejes que me interesaba proponer para la discusión: “Época y psicoanálisis”.

¿Podría pensarse el amor como una invariable que atraviesa incólume tiempos y circunstancias diversas (como el que profesaba Florentino por su Fermina)?, ¿o dentro de su constancia estructural, éste adquiere distintas características según los tiempos y las circunstancias, es decir, habría que hacer un esfuerzo por entender la expresión que tiene, dependiendo del momento histórico del que se trate?

Ya Miller destacó la importancia para el psicoanálisis de estar a la altura de la subjetividad de la época, y aclaró: “sin perder su especificidad” (Miller, A.). ¿Cómo entendemos esta aclaración? ¿Cuál es la especificidad de nuestra práctica en una época en la que los pilares sobre los que estaban asentados muchos de nuestros conceptos, nuestra propia constitución subjetiva y la sexualidad entre otros, hoy parecieran estar en cuestión?

Los que nos formamos dentro del modelo kleiniano y post-kleiniano tuvimos como aprendizaje muy valorado autores como Bion y fundamentalmente Donald Meltzer, quien cuestiona en *Estados sexuales de la mente* el riesgo freudiano de pensar una “aristocracia genital” como un pun-

to ideal de llegada propio de la sexualidad adulta. Así nos facilitó, en parte, el camino a partir de conceptos de estados mentales que, apoyado en las ideas de Bion, nos permitía entender, con base en el concepto de *oscilación Ps-D*, que estos estados no se logran de una vez y para siempre, sino que son precisamente oscilantes, cambiantes y perpetuamente expuestos a ser perdidos a partir de la amenaza de los procesos introyectivos. Por esto mismo es que el tema de la identidad resulta problemático en psicoanálisis en tanto supone algo acabado y consistente de una vez y para siempre, hecho que nuestra clínica, nuestra cultura y la vida misma nos pone en jaque a diario.

¿Y el amor? ¿Cómo pensarlo en tiempos de diversidad, velocidad y fluidez? ¿Habría desaparecido o sólo adquiere nuevas formas de expresión cuyo desafío nos compele a poder interpretarlo con nuestras herramientas conceptuales?

2) ¿Apertura... o diversidad sexual?

Por eso quisiera subrayar el tercer punto de esta presentación: los cambios sociales si bien incluyen a la sexualidad, también la exceden: dentro de estos cambios podemos añadir cuestiones ligadas al cambio en el entramado social en el que estamos inmersos, cambios en las configuraciones familiares, temas ligados a la cuestión de género, lo femenino, y un largo etcétera.

Con esto quiero decir que ambas posibilidades con las que fue pensado el tema para este encuentro son válidas: entiendo que la diversidad sexual está inscripta dentro de un marco de apertura que la contiene a la vez que la excede. Y la excede porque estos temas se incluyen en un momento signado por la caída de ideales que se viene produciendo desde mitad del siglo pasado, del cuestionamiento de normas estrictas sobre las posiciones sexuales y los géneros, de aparición y mayor visibilidad de nuevos modos de estructuración familiar y de un fuerte desarrollo

de las biotecnologías, Internet y mundos virtuales.

Sennett nos habla de los efectos psicológicos de la globalización como consecuencia de la desinvestidura del lazo social y la liberación del mundo pulsional a su satisfacción, sin el valor del compromiso y sin la responsabilidad de una ética de la alteridad. Plantea que esto va acompañado de una devaluación de los ideales con la caída de su potencial para la organización fantasmática y la capacidad de metaforización de cada sujeto (Sennett, R.). Esto nos lleva nuevamente a interrogarnos acerca de si el edificio psicoanalítico se mantiene incólume, si hay un fondo conceptual inmodificable, eterno e inmune a los hechos —con el riesgo de acercarnos a un peligroso “fundamentalismo psicoanalítico”— o si pueden hechos diferentes producir conceptos diferentes.

Pensando que la noción de sujeto no es homogénea, podríamos pasar la discusión por plantearnos con qué *noción de sujeto* trabajamos entonces (Sibilia, P.), lo que implica un importante desafío para el psicoanálisis, es decir, cómo es la producción de subjetividad sexuada en el mundo contemporáneo.

Freud, exponente de la Modernidad, a partir del sujeto de la razón, trajo como cambio revolucionario para su época el concepto *sujeto escindido*. Esto no es lo mismo que el *sujeto fragmentado* de la Postmodernidad, o el *sujeto virtual* de la cibercultura, ni la *disolución del sujeto* de la exclusión social, aunque muchas veces coexistan. “Los procesos de fragmentación y vacío, el debilitamiento de los lazos sociales y la exacerbación de los narcisismos tienen potentes consecuencias en los procesos de subjetivación” (Lewkowicz, I.).

No se trata entonces de volver al sujeto unitario y totalizante de la Modernidad, pero tampoco al sujeto fragmentado de la Postmodernidad, sino repensar el concepto de diferencia sexual y de géneros. Entonces: “¿Hay un sujeto autónomo de la diferencia sexual y esta sería secundaria a los procesos de subjetivación? O,

por el contrario, ¿la diferencia forma parte indisoluble de estos procesos?” (Gloer Fiorini, L.). Nuestra escucha no será igual si está dirigida al sujeto freudiano escindido, sujeto del inconsciente, que al sujeto de la fragmentación postmoderna o al sujeto borrado de la experiencia representacional y social. La deconstrucción sobre lo ya fragmentado sería así un camino iatrogénico. “Se hacen necesarias nuevas, aunque provisionales síntesis y ligazones para entrar en el campo de la escisión” (Gloer Fiorini, L.), como uno de los grandes desafíos del psicoanálisis contemporáneo. La idea de *sujeto en proceso* (Kristeva) asociado a la movilidad y al cambio, nos obliga a repreguntarnos acerca de nuestra práctica actual. No habría entonces “un acto” de subjetivación sexuada, sino *espacios múltiples de subjetivación* (Deleuze y Guattari), distintos focos y áreas, lo que lleva a pensar en un *psicoanálisis en revuelta* (Kristeva), un psicoanálisis pensado como sistema abierto, conjetural, subversivo e indisoluble de la experiencia clínica.

Una cultura está siempre expuesta a cambios; sería imposible concebirla de otra manera. Estos cambios giran sobre todo en relación con los ideales culturales y sociales, y cómo y cuánto una sociedad está preparada para absorberlos, lo cual implica un proceso que lleva su tiempo de necesaria espera en su dimensión elaborativa.

Una posible dificultad es la manera en que la sociedad, frente a la novedad de estos cambios, necesita legislarlos para volver a incluirlos en un esquema conocido y sellado.

Aquí surgen los conceptos ligados al tema de la heteronormatividad para pensar algunos de estos temas —el matrimonio igualitario, entre otros—. Pero... ¿existe una tal heteronormatividad?, ¿o siempre, y de manera inevitable, estamos normatizados desde afuera (o marcados por *veredictos sexuales*, concepto de Didier Eribon) en tanto sujetos de cultura?

Para esto quisiera abrir la discusión a una temática específica: me refiero a “*las homosexualidades y la posición del analista*”.

Partiendo de la idea de los cambios habidos en la construcción de discursos sobre la homosexualidad, debemos tener en cuenta que éstos conviven con otros discursos que sostienen una posición estricta sobre la homosexualidad como perversión. Esto nos obliga a preguntarnos: ¿cuáles son los discursos vigentes en la teoría y en la clínica, incluyendo al psicoanálisis y a la persona que consulta? ¿Debe el psicoanálisis aceptar acríticamente los cambios que se producen en los discursos y en el orden social, y adaptarse a ellos? Sabemos que en estos cambios no están ausentes motivos de orden sociopolítico y religioso, que pueden ejercer presión sobre los cambios de discurso sobre éste y tantos otros temas también.

Clásicamente se tendió a analizar a la homosexualidad en su dimensión defensiva. ¿Pero no habría que considerar la presencia de heterosexualidades defensivas también?

La escucha del psicoanalista no es ajena a sus teorías explícitas e implícitas, a sus ideologías, preconceptos y prejuicios; y esto en el caso de la homosexualidad se hace evidente. ¿Hay una homosexualidad o varias? ¿Se puede hablar de “un” mecanismo psíquico o de distintas determinaciones que pueden conducir a una elección de objeto del mismo sexo?

Ya en la obra freudiana encontramos distintas posiciones al respecto, así como en seguidores tan distintos como Otto Kernberg, por un lado, y en la obra de Lacan, por otro.

Lo que sí es evidente es que no hay una explicación totalizante y, además, que “decir homosexualidad puede querer decir muy poco si no hay referencia a los deseos, fantasmas e identificaciones en juego” (Gloer Fiorini, L.). Esto destaca, además, la complejidad —o la ausencia— que una teoría de la masculinidad, a diferencia del estudio de la feminidad, ha tenido en psicoanálisis.

Parecería que se sostiene la ilusión de que la teoría sexual de la masculinidad

no ofrece grandes interrogantes ni está abierta a grandes revisiones en el seno del freudismo (...). Es curioso comprobar que, mientras el material recogido en análisis de mujeres es inmediatamente generalizado y trabajado en relación con el intento de constituir una teoría de la femineidad, no ocurre lo mismo con los análisis de sujetos masculinos, y que gran parte de lo que de ellos surge, respecto de las vicisitudes de la sexualidad, quedan “remitidos a la singularidad de una subjetividad en proceso”, sin que generalizaciones ni revisiones teóricas sean puestas de relieve (Bleichmar, S.).

En relación con la temática del Simposio

Y ya para ir terminando: “apertura sexual”. ¿De qué apertura estamos hablando? ¿Las prácticas sexuales actuales o la apertura de nuestras mentes siempre e inevitablemente atravesada por prejuicios? ¿Es verdadera esta supuesta mayor apertura? ¿Cuál es la especificidad de la posición del analista en esto?

Y, además: ¿es esto exclusivo de la sexualidad?, ¿o siempre estamos necesitando reevaluar cómo posicionarnos frente a posibles nuevas de presentaciones sociales que contienen, pero también exceden a las prácticas sexuales? Estas cuestiones van más allá de moralismos reduccionistas, pero evitando también posiciones acríticas al respecto. Entonces nuestro compromiso pasará por trabajar con nuestros propios estados mentales sabiendo que un nivel de prejuicio estará siempre presente, conociéndolo y tratando que opere lo menos posible como obstáculo en nuestra escucha. Sabemos que es un estado mental a lograr, y que requiere de un trabajo importante ligado a nuestras propias emociones y distorsiones, además que estamos siempre expuestos a perderlo.

Pero, por otro lado: ¿cuánto de aquello “políticamente correcto” se ha filtrado en nuestros discursos con el riesgo de

convertirse en “seudo” discursos, para *aggiornarnos*, de manera un poco hipócrita tal vez, a aquello que, creemos, la sociedad espera actualmente de nosotros? ¿Existe un cambio en el psicoanálisis al respecto?, ¿o se ha caído en el doble discurso, una fachada progresista y políticamente correcta, y un intercambio de pasillos en los que aparecen los verdaderos prejuicios?

¿Cuál es la especificidad de la posición del analista en un momento en el que lo políticamente correcto es ser amplio y no prejuicioso? Porque paradójicamente podemos caer en el *riesgo prejuicioso de pretender no ser prejuiciosos*, aunque parezca tautológico, cambio que pasaría entonces sólo por una cuestión de contenidos.

Una posición homofóbica es hoy políticamente incorrecta, pero entonces lo que debemos tener en cuenta, suponiendo que ésta fuera genuina, es que no se trataría ya de qué es correcto y qué no lo es, sino que el problema actual es que todavía sigue valiendo la noción de algo correcto y algo incorrecto, como categorías en sí mismas problemáticas y siempre ligadas a nuestros propios ideales y prejuicios.

Constantemente estamos expuestos al riesgo de pretender “psico-normativizar” aspirando a un ideal de paciente analizado. Y si lo que predomina, aunque inconscientemente, es el deseo de “enderizar” a un paciente a partir de nuestros propios deseos e ideales, esto no nos permitirá una libre escucha.

Los analistas tenemos siempre el compromiso ético de mantener una escucha abierta a lo que los cambios sociales nos ofrecen en la actualidad y en un futuro. Sabemos que esto resulta limitado, frágil, y que es imposible una escucha libre ni “a-teórica”. Sin embargo, debemos ser conscientes de esta dificultad e intentar al menos no perder la sorpresa de escuchar sin comprender, de acompañar sin prejuzgar, sabiendo que cada caso responderá a una especificidad singular, única e irrepetible. Escuchar sin memoria, sin deseo y lo más libremente de prejuicios como nos sea posible. He aquí nuestra especificidad y compromiso ético. ¡Muchas gracias!